



«El Chéjov americano» (Robert Wooster Stallman)

«Fundador dentro de la narrativa norteamericana (...). Dos Passos, Hemingway, Mailer e incluso el Héller de *Trampa 22* provienen de él. El estilo de Crane es directo, conciso y penetrante. No desdeña la ironía ni el humor, pero sobre todo ello prevalece el realismo y lo que podríamos llamar el “compromiso con la realidad”» (José María Guelbenzu)

### ARGUMENTOS DESTACADOS

—El autor que adelgazó **la línea entre realidad y ficción**.

—Antecedente del **periodismo gonzo**, protagonista y a la vez testigo de muchas de sus narraciones. “Aventuras de un novelista”, uno de los relatos de *Historias de Nueva York*, se subtitula «Relato del distinguido autor de cómo buscó “material” en la vida real de los “bajos fondos” y encontró más de lo que esperaba», y está basado en un polémico suceso que Crane vivió en 1896.

—Ladronzuelos, mendigos, asesinos, prostitutas... Un recorrido por **el Nueva York más incómodo**, justo cuando la ciudad se convertía en la capital del mundo.

—Amigo de Joseph Conrad, H. G. Wells y Henry James, fue considerado maestro por Ernest Hemingway, Willa Cather o el historiador Shelby Foote. El prólogo de Juan Bonilla (que transcribimos más adelante) incide en su **importancia «para generaciones de narradores americanos»**.

## ***HISTORIAS DE NUEVA YORK: INVITACIÓN A LA LECTURA***

### **“El carruaje averiado”**

«El caso es que el carruaje estaba inutilizado y había que hacer algo. Estaba sobre la carretera más transitada de toda la isla de Manhattan. Los conductores que se sentaban en las altas plataformas se bajaron de forma misteriosa, usando, con toda seguridad, una escalerilla de cuerda. Sus camaradas condujeron los carruajes por una calle lateral y volvieron para ver qué ocurría.

—Se ha salido la tuerca —dijo el capitán del carruaje naufragado.

—Sí —dijo el primer oficial—, la tuerca se ha salido.

—¡Ah! —dijo el capitán del otro carro—. Se ha salido la tuerca.

—Está en lo cierto —dijo su primer oficial—. Se ha salido la tuerca.

El conductor del coche rojo apareció furioso e irritado. Aunque había recobrado la razón.

—Se ha salido la tuerca —dijo.»

### **“Un niño siniestro”**

«(...) El niño errante divisó sobre la acera a un bonito niño vestido con ropas excelentes que enredaba con un juguete. Era un pequeño camión de bomberos, rojo y dorado, muy brillante. Las ruedas traqueteaban mientras su pequeño dueño lo arrastraba con gran estrépito atado a un cordón. El niño que arrastraba el trozo de cuerda se detuvo y miró al niño del juguete. Durante un buen rato todo su cuerpo se quedó inmóvil; todo excepto los ojos, que seguían los movimientos de aquel artefacto reluciente.»

### **“Un gran error”**

«El niño iba a menudo a la esquina, merodeaba el puesto y observaba cada detalle del negocio. Estaba fascinado por la tranquilidad del vendedor, su majestad de poder y posesión. A veces, estaba tan absorto en la contemplación del puesto, que la gente, a toda prisa, tenía que tener cuidado para no atropellarlo.»

### **“Un perro marrón oscuro”**

«El perro dudó un instante, pero finalmente hizo algunos gestos con la cola. El chico extendió la mano y lo llamó. Como si se estuviera disculpando, el perro se acercó, y los dos intercambiaron caricias uno y movimientos amistosos de la cola el

otro. El perro se volvió más entusiasta a medida que avanzaba el encuentro, hasta el punto que sus felices travesuras amenazaron con tirar al niño. En ese instante, el niño alzó la mano y golpeó al perro en la cabeza.»

### “Experimento sobre la miseria”

«El joven merodeó por el lugar durante un buen tiempo y después se marchó arrastrando los pies por Park Row. Le alivió ver la repentina caída en el estilo de vestir de la muchedumbre, sintiéndose como si por fin estuviese en suelo patrio. Comenzó a ver harapos que se podían comparar con los suyos. En Chatam Square había hombres que merodeaban sin rumbo frente a bares y albergues, otros que estaban de pie con aire triste, pacientes, dando la vaga impresión de ser pollos en una tormenta. Se unió a aquellos hombres, y lentamente se dispuso a ocupar su lugar en el torrente de la vida en la calle.»

### “Experimento sobre el lujo”

«Cuando se abrió la gran puerta, el joven imaginó que el sirviente que mantenía la mano en el picaporte lo miraba con ojos furtivos y extraños. No había nada definido en él; todo era vago y elusivo, pero se notaba cierta sospecha. El joven sintió que él, uno de los bárbaros forasteros, había sido descubierto por el guardián del portal, de nariz refinada, de sentidos exquisitos, él que debía de ser más atrocamente aristocrático que cualquiera de a los que servía. Y el joven, detestándose por ello, descubrió que disfrutaría vengándose aristocráticamente de aquel lacayo que, con una mirada, lo había insultado. Le gustaría haber sido por un instante una aterradora perfección social cuya mano, agitada con pereza, causara una profunda impresión a ojos de las hordas de imperfectos idólatras. Y en el tumulto de su imaginación no pensó que fuera raro planear en su fantasía volver a la casa y con el poder de su nueva majestad social, reducir a aquel lacayo a cenizas.»

### “El día libre del señor Binks”

«—¡Ojalá pudiese irme al campo por un tiempo!

Su esposa se erizó con esa valiente rabia que agita a una mujer cuando asume que su marido es débil de espíritu.

—Si yo trabajase tanto como tú, si estuviese esclavizada por esos viejos libros, me tomaría unas vacaciones de vez en cuando o echaría la oficina abajo.

Sobre su rostro había una determinación romana. Era la personificación de toda clase de valor, de rebelión y de poder.

Binks sintió la falsedad de su emoción de una forma vaga, pero en aquel momento tan solo hizo un gesto hosco. Más tarde, sin embargo, gritó con voz llena de repentina violencia:

—¡Mira la ropa de Tommie! ¿Por qué diantre no le pones un babero al chiquillo?»

### **“Los hombres en la tormenta”**

«En el paso de la muchedumbre había una expresión evidente de cenas calientes. Si uno osaba especular con el destino de aquellos que venían a paso ligero, se perdía en un laberinto de cálculos sociales; mismo resultado se obtendría lanzando un puñado de arena e intentando seguir el vuelo de cada grano en particular. Pero en lo que respecta al pensamiento de tomar algo caliente, se encontraba en primera línea, pues estaba en cada rostro apresurado. Es cuestión de tradición; nos viene de los cuentos de la niñez. Aparece durante cada tormenta.»

### **“Cuando un hombre cae, se forma una multitud”**

«De repente al hombre le temblaron las piernas y la mirada se le turbó indefensa, como si ante su visión se hubiese producido un destello invisible, entonces se tambaleó como borracho y cayó al suelo. El chico agarró el brazo de su compañero con nerviosismo e intentó sostenerlo para que la figura sin fuerzas se deslizase sobre la acera dulcemente, como un cuerpo que se hunde en el mar. El muchacho gritó.»

### **“Elocuencia del dolor”**

«En una esquina de este espacio, dedicado a aquellos que tenían asuntos pendientes con el juez, un agente con ropa de calle estaba junto a una chica que lloraba sin parar. Nadie parecía verla y no había razón para que repararan en ella si los curiosos de entre los asistentes al juzgado no estaban interesados en la devastación que las lágrimas causan en algunos cutis. Sus lágrimas parecían quemar como el ácido y dejaban fieras marcas rosadas en su rostro. En ocasiones, la chica miraba al otro lado de la sala, donde dos jóvenes bien vestidas y un hombre aguardaban con la serenidad de aquellos que no están preocupados por la decoración interior de una prisión.»

### **“Aventuras de un novelista”**

«Las dos chicas aún se hallaban inmersas en su conversación. Estaban en la acera de cara a la calle. En contra de toda probabilidad, los dos hombres pasaron sin ser vistos por ellas. El testigo reacio siguió tranquilo su camino. Estaba a poco más de un metro de las dos chicas cuando de repente y en silencio, un hombre apareció de la nada y las agarró a las dos.»

## STEPHEN CRANE, UN DETECTIVE SALVAJE

«Tras **una vida desordenada y considerablemente crapulosa** —bajos fondos neoyorquinos, naufragio y salvación, enfrentamientos con la policía, miles de deudas—, murió joven y arrastró tras de sí la aureola de una genialidad no consumada. Henry James y Joseph Conrad le honraron con su amistad y le admiraron como escritor, tanto como la crítica estadounidense e inglesa había admirado su célebre novela *La roja insignia del valor* (1895) (**con Balzac y hasta con Tolstói le compararon**). Ford Madox Ford, mucho tiempo después, en 1936, le atribuyó **un papel esencial en la renovación de la narrativa angloamericana.**» (Ángel Rupérez)

**Stephen Crane** nació en Newark (Nueva Jersey, Estados Unidos) el 1 de noviembre de 1871, y murió en Badenweiler (Alemania) el 5 de junio de 1900. Dejaba atrás crónicas periodísticas, novelas, poemas y relatos; un corpus exiguo, pero **capital para entender la posterior narrativa realista norteamericana.**

Decimocuarto y último hijo de una familia metodista, en 1890 Crane abandonó los estudios y se trasladó a Nueva York para trabajar como **reportero en los barrios más populares de la ciudad**, mezclándose entre sus habitantes. Sus experiencias, y su pobreza durante los primeros años, le llevaron a escribir *Maggie: una chica de la calle* (1893), autoeditada y publicada con seudónimo, que los críticos consideran hoy pionera del Naturalismo norteamericano. Sin embargo, cosechó su mayor éxito con *La roja insignia del valor* (1895), un relato de fuerte sesgo realista sobre la experiencia de un joven soldado en la Guerra de Secesión. Aunque jamás había pisado un campo de batalla, la fidelidad en las descripciones le permitió lograr contratos como **corresponsal de las guerras** de los Treinta Días (Grecia, 1897) e Hispano-Estadounidense (Cuba, 1898).

El barco que en 1896 le trasladaba de Estados Unidos a Cuba **naufragó**, y de sus cuatro días a la deriva Crane obtuvo dos consecuencias: un espléndido relato en torno a su experiencia (*The Open Boat and Other Tales*, 1898), y una **tuberculosis** que —al agravarse, años más tarde— le condenaría a un sanatorio en la Selva Negra.

Antes Crane se había enfrentado a cierta polémica por su **declaración como testigo** en el juicio a una prostituta (reflejado en “Aventuras de un novelista”, incluido en *Historias de Nueva York* y clave para entenderle como precursor *gonzò*); había conocido en Jacksonville a **Cora Taylor**, la madura dueña de burdel con quien protagonizó un amor tumultuoso; y después —en 1897— se trasladó a vivir a **Inglaterra**, donde se forjó su cálida amistad con Joseph Conrad y Henry James.

## PRÓLOGO

En 1893 aparecía, pagado por su autor, un librito de tapas amarillas titulado *Maggie: a Girl of the Streets*, subtítulo «a Story of New York» y firmado por el desconocido Johnston Smith. El tal Smith era el pseudónimo escogido por S. Crane, que había escrito ese relato dos años antes y no había logrado colocarlo en ningún periódico o revista dado que el tema era **demasiado escabroso** y la redacción **excesivamente realista** para los editores. El librito, por supuesto, pasó sin pena ni gloria, hasta que unos años después Crane escribió la obra que le daría instantánea celebridad: *The Red Badge of Courage*, lo que permitió que Maggie volviera a tener ocasión de salir a la calle, esta vez con la firma de su autor. Desde la aparición de *The Red Badge of Courage* en Philadelphia Press primero, y luego en volumen, Stephen Crane no volvió a tener que soportar las esperas a las que se había habituado en su labor de **reportero freelance** que nunca estaba seguro de si sus sketches, relatos y reportajes serían aprobados o no por un editor. **Había nacido nada menos que un estilo, una manera de enfocar la realidad que iba a convertirse en magisterio para generaciones de narradores americanos.**

Crane estaba **enamorado de la realidad. No consentía en darle un ápice de importancia a la imaginación ni a la fantasía.** Para él, **sólo merecía ser narrado aquello que había sucedido.** Sin embargo, paradojas de la literatura, es sabido que uno de sus logros más celebrados —el retrato hiperrealista de una batalla— fue confeccionado por Crane con el trampolín de la imaginación, pues no había estado allí donde su narración nos lo presentaba. Fue años después, cuando tuvo que hacer de corresponsal de guerra en el conflicto entre griegos y turcos —en 1897—, cuando se dio cuenta de hasta qué punto había conseguido reflejar el horror de la guerra en *La roja insignia del valor*. A pesar de ello, siguió siendo ferviente partidario de que el narrador no se acogiera a las comodidades de la invención en ningún caso. **La realidad era lo suficientemente asombrosa, tremebunda y poética como para no necesitar de otras armas que las del retratista que tiene claro que su misión es dar testimonio de lo acontecido.**

Sin embargo, tal y como apunta Robert Wooster Stallman, a pesar de ser considerado **el Chéjov americano**, a pesar de ser **maestro nombrado por todos los narradores de la escuela realista**, a pesar de haber manifestado una y otra vez que sólo la realidad merecía el esfuerzo de cobrar forma en una narración, puede que Crane no fuera exactamente un realista. Hay un detalle sintomático que sirve al especialista en Crane para poner en duda su filiación realista: la evidente ausencia de nombres propios en sus sketches y relatos neoyorquinos. En efecto, a Crane los nombres parecían importarle más bien poco. Sus personajes suelen ser anónimos. Un joven, un niño, un viejo, un muchacho, un borracho: en los relatos de Crane casi nadie tiene nombre. Puede que sea muy poco para discutir la filiación realista de Crane, pero es sintomático. Los relatos de Crane apenas tienen desarrollo, suelen ser estampas

cazadas al vuelo por alguien que pasaba por allí y considera que mediante esas estampas se puede reflejar la vida íntima de un ente mayor que los individuos que las protagonizan: **la vida de una ciudad que es además la capital del mundo**. Digamos que el propósito de Crane es más poético que narrativo, y aunque la poesía y la realidad nunca han estado reñidas, puede que la poesía y el realismo no se lleven del todo bien.

Si un espejo se rompe en cien fragmentos, lo único que hace es multiplicarse. Cada uno de esos fragmentos seguirá teniendo la cualidad de reflejar el mundo. A ese simple principio se acoge Crane en sus relatos breves: entendió que para reflejar la vida de una ciudad como Nueva York, no podía embarcarse en una colosal novela, sino más bien tratar de reunir una serie de fragmentos que reflejaran distintos aspectos de la ciudad que pasarían desapercibidos al historiador y al novelista grandilocuente. Y los personajes de esos fragmentos por fuerza tenían que ser seres que pasaban y desaparecían, cada cual viniendo de su feria camino de su entierro, espectros, fantasmas que decían una frase o dos en una reunión improvisada —un hombre que se cae, un coche que encalla— y que por tanto no tenían nombre propio: no eran más que células de la multitud, glóbulos de la gran ciudad que los contenía a todos.

Crane utilizaba la sugerencia como motor principal para poner en marcha su audaz poética: atrapar el alma de la ciudad en sus más insignificantes agentes. Los cuentos de Crane están llenos, precisamente, de espléndidas insignificancias, y muchos de ellos, si fueran reducidos a trama, se quedarían en nada, porque apenas hay. Lo que sucede en ellos es tan poca cosa, que resistirían mal la vulgar pregunta «¿de qué va este relato?», con que un apresurado consumidor de ficciones nos encarara para saber a qué atenerse. **Los relatos de Crane van de la vida, podríamos contestar, de las pequeñas cosas sin importancia con las que está hecha cualquier existencia insignificante**. Darle lugar a esas insignificancias es precisamente uno de los logros mayores de los relatos neoyorquinos de Crane, pues de repente alguien parecía dispuesto a ocuparse de aquello acerca de lo cual nadie antes había escrito. Eluden por igual los riesgos del costumbrismo y los del humorismo fácil para contentar a los lectores matinales de prensa: fijan unas cuantas escenas cotidianas, abocetan unas cuantas figuras fantasmales, y ya está. Lo milagroso es que se nos quedan grabados con una fuerza insólita. Quizá el secreto sólo resida en la capacidad poética de Stephen Crane para lograr cargar de sentido y misterio cualquier insignificancia.

Crane se bebió la vida a grandes sorbos. Y murió joven. Naufragó rumbo a Cuba y tuvo que estar en una balsa durante semanas —lo que dio ocasión a un espléndido y sobrecogedor relato de naufragio—, fue corresponsal de guerra como se ha dicho, y salía a diario a la calle a encontrarse con sus personajes sin nombre y a cazar escenas en cualquier lugar. Estaba convencido de que nada que no pasara en la calle merecía dar un brinco desde el lugar donde había sucedido hasta su máquina de escribir desde donde, convenientemente ordenado, viajaría hasta el periódico que devolvería a la calle lo que en la calle había sucedido.



Estos cuentos sin importancia, que hubiera dicho nuestro Silverio Lanza, importan a los americanos más por lo que generaron —**todo un siglo de narraciones realistas influidas por Crane**— que por lo que contiene. Creo que para nosotros importan porque, etimológicamente, lo importante es aquello que no tenemos y que debemos comprar fuera, debemos importar. La lección de Crane sigue estando en buena forma para narradores y poetas.

**Juan Bonilla**